

LA HISTORIA MEDITERRÁNEA BAJO UNA PERSPECTIVA ITALIANA

Geo Pistarino

El término de «Historia Mediterránea» requiere una breve explicación para evitar la ambigüedad con respecto a sus límites, a sus fines y a su contenido. ¿Historia de intercambios de todo género que desde la Antigüedad hasta hoy día se han desarrollado entre las orillas opuestas de este mar? ¿Conjunto de las vicisitudes de los pueblos que se asomaron a estas orillas en una serie ininterrumpida de encuentros y de choques? ¿Punto de convergencia de historias periféricas? ¿Historia unitaria con su propia característica e intrínseca validez?

El mar no separa, sino que une. Este es un axioma verdadero y al mismo tiempo falso. El mar permite la formación, a lo largo de orillas opuestas, de módulos de civilización diferentes, mucho más marcados que los que existen en países separados por fronteras terrestres; pero, al mismo tiempo, favorece el proceso de ósmosis de tal manera que se determina una suerte de módulo peculiar que no representa la mera suma de los elementos yuxtapuestos o contrapuestos, sino algo nuevo. Por lo general, estamos acostumbrados a considerar la historia por áreas terrestres y, por consiguiente, a proponer tesis e hipótesis históricas a su

máximo o a su mínimo nivel, en función de construcciones territoriales que se han sucedido unas a otras a lo largo del tiempo. Nos resulta más difícil postular una historia sobre el mar, entendida no en el sentido de una historia naval y de comercios marítimos (esto es, como una específica rama técnica y auxiliar de la historia con mayúscula), sino la equivalente a la historia de los establecimientos humanos en tierra firme.

Todo esto es así porque el mar, más allá de un cierto límite costero, no pertenece jurídicamente a nadie, no permite establecimientos de pueblos, fundaciones o centros habitados, o la delimitación de fronteras *in loco*. Acaso también porque en el mar, y sólo en el mar, no se constituyen reinos o imperios, ni nacen profesiones de fé religiosa o política, ni se determinan divisiones sociales o conflictos de clase. Por consiguiente, la historia se presenta solapadamente en el mar, en la medida en que le afectan los acontecimientos ocurridos en las tierras confinantes, a las cuales pertenece, formulándose por sectores, como si se tratara de un apéndice más.

De estos presupuestos unos rasgos tradicionales: la unidad del *Mare Nostrum* con el Imperio de Roma, que lo rodea por todas partes; más adelante, la división determinada—según las diferentes tesis—, o por las invasiones bárbaras en Occidente o por la separación del mundo latino y del mundo bizantino, por la contraposición del mundo islámico a estos dos; finalmente, la liberación de los sarracenos (considerados unilateralmente como una presencia, ilegítima) como punto de partida del segundo milenio, y la separación, que a menudo significa guerra, entre las repúblicas marítimas italianas, el Imperio catalano-aragonés, los principados musulmanes del Africa del Norte; y, además los problemas entre bizantinos, turcos y tártaros. De aquí que nuestra Edad Media se entienda como el proceso de formación europea, sobre un plano continental, en el binomio romano-cristiano y el trinomio romano-cristiano-germánico, con un Mediterráneo que viene gradualmente a participar de esa historia y a adquirir importancia sobre todo en el aspecto mercantil, en el momento en que las fuerzas de Occidente vuelven a tomar posesión de él.

La «historia mediterránea» es algo más: es la historia de un módulo de civilización que se desarrolla en el tiempo, tejiéndose y volviéndose a tejer, no sólo en una trama de conexión entre las orillas opuestas, por debajo de las situaciones políticas o militares, de la *pax romana* o de las luchas entre la Cruz y el Islam, o de las sucesivas diásporas, sino también, acogiendo y elaborando, de manera peculiar, los fermentos más originales que las tierras —que se encuentran a su alrededor— transmiten al mar, y que el mar refunde y vuelve a proponer. Considerada, pues, en su plena autonomía, en su creatividad, la historia mediterránea postula un nuevo y más amplio *discurso*.

Frente a la Europa edificada en el continente, en la fortaleza carolingia, y que, progresivamente, se va extendiendo como una mancha de aceite, abarcando cuanto le es posible y rechazando gradualmente hacia la periferia las así llamadas «fuerzas antieuropeas» (así las Cruzadas en Tierra Santa y en África del Norte, la Reconquista española, las luchas contra los mongoles, y, por otro lado, la captura de los normandos en el Norte y en el Sur, la conversión de los eslavos, la integración de los húngaros, etc.), la historia mediterránea opone y sustituye el cuadro de una construcción determinada por un conjunto de fuerzas más amplio, del cual vienen a participar bien el elemento romano-cristiano, bien el bizantino-eslavo, bien el árabe-turco-islámico, bien el mongólico-turco.

Naturalmente esto significa superar la diferencia de lenguas (que existe también entre el mundo medieval latino y el germánico), la diferencia de credos religiosos (no menos áspera que la oposición entre el Cristianismo y el Islam, es la que existe muy a menudo entre el Cristianismo latino y el griego, o aquella otra entre el Cristianismo romano y la Heterodoxia herética y cismática), superar la lucha armada (tan frecuente como el estado endémico de guerra entre la Cruz y el Islam, es el panorama de sangre que tiñe la historia interior de la Europa cristiana).

En resumidas cuentas; hablar de «Historia Medieval Mediterránea» significa superar ciertos conceptos de nuestra tradición historiográfica: la historia considerada desde el punto de vista de la lucha entre el cristianismo y el islamismo; el postulado de las Cruzadas como base de la formación

de la unidad europea; la consideración aislada de Bizancio y del mundo eslavo; la limitación de la referencia al mundo continental carolingio; el mismo papel central del Papado y del Imperio en la génesis del Occidente medieval. Asimismo, significa no insistir en el concepto de *Sur* como apéndice decadente, diaspórico, fraccionado en temáticas diferentes, de la Europa de base romano-cristiana-germánica. Significa poner como fundamento del discurso no tanto la *República Christiana*, cuanto la confluencia de los intereses, la polivalencia de la cultura en sus centros genéticos bajo la progresiva confluencia de un substrato íntimamente unitario de relaciones humanas, la progresiva configuración de un mundo que, desde el Imperio Romano en adelante, sigue creando órdenes nuevos y originales, desarrollando su propia dinámica interna hasta hacerse progresivamente más pequeño y estallar a finales de la Edad Media, en la investigación de nuevos horizontes allende del Océano. Significa, por último, y primordialmente, substituir el tema de lo operativo de *las ideas-fuerza*, por el de lo concreto de los hechos profundos que debajo de éstas van creando pausadamente tejidos de conexión de trama uniforme.

No debemos engañarnos a nosotros mismos. Hemos construido una historia que nos convenía —si se me permite la expresión—, según nuestros conocimientos y nuestras capacidades técnicas, según nuestras creencias unilaterales, nuestras necesidades políticas, religiosas, culturales. A menudo nos hemos atrincherado, durante largo tiempo, en la defensa de un juicio considerado imparcial y superior, pero, en realidad, restrictivo y desconcertante. Hemos presupuesto una específica calidad central a la Edad Media europea, rechazando todo lo que no se avenía con ella, aunque históricamente imprescindible como material constructivo de primera calidad. A menudo hemos olvidado que el mar es tan válido como la tierra, que los pueblos que entrelazan sus vicisitudes en el mismo espacio marítimo dan vida a una comunidad y entran todos con igual derecho en una visión unívoca del pasado.

Historia mediterránea. Ciertamente, desde el estrecho de Gibraltar, incluso más, desde las costas atlánticas europeas, como Inglaterra, Irlanda e Islandia, y desde las costas occidentales del África del Norte, hasta el mar de Azor, la

desembocadura del Don y la estepa rusa. Una historia difícil, aunque sólo sea por la variedad y complejidad de los elementos técnicos que indispensablemente se presentan al investigador. Una historia, por tanto, que hasta hoy día se ha cultivado por sectores, confiados a especialistas de naciones diferentes, y no integrada todavía en una visión unívoca que evidencie claramente su vitalidad original.

Muchos problemas. El primero de todos es el conocimiento de las lenguas, tanto en lo que atañe a la lectura de las fuentes, como al estudio de la literatura crítica. Al Mediterráneo se asoman y en el Mediterráneo se entrelazan no sólo los países de tradición romance, germánica, eslava, griega, albanesa, sino también los de lengua árabe, turca, hebrea. Por lo tanto, hace falta conocer crónicas y documentos de estas lenguas en su formulación original; por ejemplo, no se podría ignorar el antiguo cumánico habiendo penetrado algunos de sus términos en los documentos medievales latinos. Y habría que saber leer los textos recientes de las lenguas modernas, desde las eslavas hasta el griego moderno, desde el turco al albanés. Tanto más cuanto hoy día se va abandonando la costumbre de redactar los trabajos en las lenguas habituales de la tradición científica.

Todo ello hace pesado el trabajo de investigación y determina inevitables lagunas. Bastará recordar la importancia de los documentos de Geniza, de El Cairo o de las fuentes turcas, aunque escasas, que se guardan en el Archivo del Sultán, o los tratados bizantinos-genoveses y árabes-genoveses conservados en el Archivo de Estado de Génova, para hacerse una idea de la importancia y complejidad de la situación; puesto que —aun cuando tenemos en nuestro poder traducciones más o menos modernas, como las de Amari o de Gabrielli—, siempre queda para el investigador la curiosidad o la necesidad de la comprobación.

Se podría remediar, pero ello requiere un paciente trabajo de organización, de dos maneras: estableciendo cerca de los mayores centros de historia mediterránea grupos de investigadores especializados cada uno de ellos en una o más lenguas y con intercambios constantes de información. Intensificando la colaboración a nivel internacional, como ya ocurre en algún centro universitario italiano en el

qual trabajan juntos investigadores rumanos, rusos, búlgaros, turcos.

Hay otro problema tocante a la específica preparación técnica. Por supuesto no falta en Italia una tradición de estudios mediterráneos desde el siglo pasado, aunque por lo general desde un punto de vista unilateral, como ilustración, o mejor dicho, como proyección de la historia político-territorial italiana (tampoco se salva de este enfoque la célebre historia de la marina más claramente italiana de Camilo Manfroni).

En realidad, ya ha sido planteado un cuadro de conjunto de la historia mediterránea como historia original, resultante de diferentes componentes que pueden parecer heterogéneos, pero que no lo son. Exactamente a partir del periodo de entre guerras por los investigadores americanos y franceses. A ellos tenemos que añadir de manera particular, por lo que se refiere a la parte italiana, a Roberto López, por el contrario nuestras aportaciones han seguido siendo más sólidas en los últimos treinta años; después de acabada la guerra.

Digamos en seguida que también en la historia mediterránea existe una profunda diferenciación entre el alto y el bajo medioevo no sólo por las intrínsecas variantes connaturales a la historia misma, sino también por las diferentes posibilidades de estudio que los dos periodos presentan. El gradual traspaso del área mediterránea de mano de los bizantinos y luego de la de los árabes, junto con la retirada del mar de las fuerzas latino-germánicas, convierte a la historia mediterránea, desde la caída del Imperio de Occidente hasta el tradicional siglo XI, en materia específica de bizantinistas y arabistas; en cuanto requiere, no sólo un profundo conocimiento de las fuentes escritas por medio de lecturas directas, sino también, una especial sensibilidad hacia las posturas mentales y espirituales que constituyeron el fondo de la actividad de unos y otros dominadores del Mediterráneo.

A excepción de algunos trabajos individuales, desarrollados en los centros de Venecia, Rávena, Spoleto, y algunos otros del sur, podríamos afirmar que la producción historiográfica italiana acerca de la Alta Edad Media no es tan constante como la del periodo siguiente. Esto también es debido a la escasez numérica de bizantinistas y de arabistas

(piénsese, por ejemplo, en la proporción cuantitativa entre paleógrafos griegos y paleógrafos latinos), y, sobre todo, por su prudente orientación hacia aspectos literarios y filológicos, más que a las propiamente históricas.

El renacer de las fuerzas occidentales, desde el siglo XI hasta finales de la Edad Media, presenta un campo de trabajo más amplio, por tradición y también por las posibilidades técnicas de la investigación histórica italiana. Además, y debido a que para este periodo la mayor parte de las fuentes tradicionales, narrativas y sobre todo documentales, pertenecen a Italia, presenciamos un doble proceso: de un lado, la amplia utilización de estas fuentes por parte de la historiografía internacional (fundamentalmente francesa y americana, aunque también inglesa, alemana, española, portuguesa, polaca, húngara, yugoeslava, rumana, búlgara y hasta japonesa); de otro, la estrecha relación —casi se podría hablar de una simbiosis— entre la historiografía italiana y la internacional mediterránea, así como la utilización por parte de esta última de fuentes extraitalianas, sobre todo españolas, francesas y portuguesas. Me refiero a iniciativas tales como los coloquios internacionales de historia marítima del centro dirigido por M. Mollat; los Congresos de la Corona de Aragón; los Congresos de historia mediterránea y de historia del Mediterráneo occidental por iniciativa española e italo-española; los Congresos organizados por la fundación Cini de Venecia; los Congresos colombinos de Génova, sobre base italiana-francesa-española-portuguesa; los Congresos de Prato; los normando-suavos de Palermo, y de Bari, etc. Sin mencionar las iniciativas de sectores más específicos, como los coloquios bilaterales Liguria-Provenza y Liguria-Cataluña del Instituto Internacional de Estudios Ligures, que tiene su residencia en Liguria, pero que representa una organización italo-franco-española, o bien los convenios sobre el notariado de la Edad Media en Chipre y en Grecia, o bien los recientes convenios internacionales de Amalfi y de Túnez, o bien el muy reciente coloquio rumano-genovés de Bucarest y el de Vasebar en Bulgaria.

Génova, Venecia, Padua, Pisa, Florencia, Cáller, Nápoles, Palermo, las Universidades de Pulla, son los centros en que este tema específico se ha ido desarrollando en mayor medida en los últimos treinta años, aunque con puntos de

enfoque diferentes y sin un plano general orgánico, pero con algunas conexiones sectoriales. Una de las preocupaciones principales ha sido la investigación y publicación de las fuentes notariales, que han resultado preciosas no sólo desde el punto de vista italiano, sino también para los países de Ultramar. Estos no sólo se han interesado por las publicaciones: dada la importancia que para ellos reviste, sino que también se han ocupado directamente de las fuentes: desde Portugal, España, Francia, hasta Túnez, Turquía, Grecia, Bulgaria, Rumanía, Rusia. La edición de los documentos de los llamados *notarios coloniales* ha conocido un fuerte desarrollo, particularmente entre los venecianos y genoveses que han tratado el periodo que va del siglo XIII al siglo XIV. Se han ocupado de ellos los investigadores americanos antes de la segunda guerra mundial; después de ésta, son los investigadores italianos los que publican, y además de forma sistemática, estas fuentes; en ocasiones la colaboración internacional se establece para la elaboración de un conjunto documental, como la que existe entre genoveses y franceses para los notarios genoveses de Caffa y de Chipre de los siglos XIII y XIV.

Otro sector de no menor importancia ha sido, y es, el de la sistemática investigación en los archivos españoles —en Barcelona fundamentalmente, pero también en Sevilla, en Córdoba, en Simancas—, entre los fondos diplomáticos y patrimoniales. De esta investigación se cuida con suma diligencia el grupo de Cáller, al cual hay que añadir los colegas de Nápoles y de Palermo. Otro sector se cuida de la publicación de los documentos de los archivos italianos que interesan al área mediterránea, como los de Amalfi, Aragón y los de Pisa. No puedo olvidar las publicaciones de fondos especializados (a menudo con sus correspondientes críticos) concernientes a las competencias administrativas y financieras, tales como las ediciones de la de Pisa, las genovesas de los *Dricus Catalanorum*, de los registros de los impuestos del Archivo del Estado de Génova, las de los documentos pisanos que conciernen a Cerdeña y a Córcega, y, además de éstas, las diversas publicaciones que se refieren a los consulados, a los guiajes, a las represalias.

Desde el punto de vista general de los temas de estudio, es aún más difícil distinguir la aportación italiana de la interna-

cional, puesto que son muy estrechos los lazos de íntima dependencia que las unen. E igualmente es difícil señalar, salvo algunas excepciones, sectores de total especialización de algún centro universitario, pues las problemáticas se entrecruzan unas con otras en un substrato común. Ello representa la mejor demostración de la existencia real de aquella comunidad mediterránea que aparece cada vez más evidente, a medida que los estudios progresan más allá de las contingencias políticas y militares.

El campo mayor es naturalmente el que atañe a las relaciones económicas, donde se encuentran agrupados casi todos los centros que he citado arriba. Son, obviamente, relaciones comerciales entre Venecia, Génova, Pisa, Florencia, Nápoles, Pulla, las islas, la Península Ibérica, África del Norte, el Levante, Francia, Flandes, Inglaterra. Pero se trata también de la penetración veneciana y genovesas, junto a las portuguesas y españolas hacia el África atlántica y el camino de las Indias, de la penetración genovesa y veneciana en el interior del África negra, de los establecimientos genoveses en España o de los venecianos y genoveses en el África del Norte y en el Levante.

Pero el objeto de la investigación busca hacerse siempre más específico en determinados sectores técnicos. No podría ser de modo diferente, después de que obras como las de Schaubé o de Heyd —aunque siempre valiosísimas— resulten ya anticuadas, y la siempre mayor especialización impida, por lo menos, su repetición. Especializaciones por áreas geográficas y especializaciones por géneros de tráfico comercial: entre las primeras sobresalen los estudios que se refieren a la expansión barcelonesa-catalana durante los siglos XIII-XV, y, más ampliamente al sector del Mediterráneo occidental, del cual se ocupan, sobre todo, los investigadores de Nápoles, Palermo, Cáller, Florencia, Pisa, Génova. Entre las segundas se señalan las investigaciones sobre el comercio de los esclavos desarrolladas en su mayoría en Génova, el comercio de los géneros alimenticios (recordemos particularmente el trigo y la sal), el comercio de las materias primas y de las manufacturas, y el comercio de las especias de las que es difícil señalar un centro principal de estudios.

La guerra de corso y la piratería fenómenos ambos estrechamente unidos a los acontecimientos políticos y económi-

cos no han encontrado aún para el periodo medieval el desarrollo que merecerían y que ya han tenido en otros países y en la misma Italia en lo que se refiere a la Edad Moderna.

En cambio ha habido, y hay, un notable florecimiento en lo que concierne a los indispensables conocimientos de determinados elementos técnicos del mundo de los negocios: la acuñación de moneda áurea y divisionaria (aunque estamos atrasados en lo que atañe a la variedad de las monedas de los países mediterráneos y a las fluctuaciones de los cambios), la letra de cambio, el contrato de seguro la *acomendacio* y la *societas*, el contrato de transporte, los fletes; en estos campos podemos señalar como sobresaliente la escuela de Prato-Florencia y las aportaciones italo-americanas de Yale.

En relación estrecha con estos temas están las investigaciones sobre el notariado, no sólo porque las actas notariales son fundamentales para conocer las relaciones económicas medievales, sino también por el conjunto de problemas (actualmente objeto de investigación en Génova) sobre las relaciones entre el notariado latino y el griego en el Levante, sobre la validez recíproca entre documentos latinos y documentos árabes en el África del Norte y en la Península Ibérica, sobre la importancia de los traductores oficiales en lenguas diferentes (latín, griego, árabe, cumánico) que viven y obran en los más importantes centros comerciales.

La legislación marítima, desde las Tablas amalfitanas al *Constitutum usus pisano*, del *Consulat del Mar* de Barcelona a los Estatutos genoveses de Gazaria, cuyo conocimiento es, ineludible en el panorama histórico del comercio, vuelve a tomar suma importancia en nuestro trabajo de investigación: podría señalar entre las cosas más recientes, lo que se está haciendo en Génova, Amalfi y Salerno. Lo mismo puede decirse en lo que se refiere a los estudios actualmente en elaboración sobre las rutas y los periodos de navegación, investigadas tanto para el Mediterráneo oriental y occidental como para las lejanas costas de Crimea y la desembocadura del Don.

Por el contrario, estamos aún atrasados, por la escasez de especialistas, tanto en el conocimiento de las estructuras portuarias como en el de la técnica de la construcción y

tipología de las naves, y no sólo de los bizantinos y árabes, sino también de las que, han salido de los astilleros italianos, principalmente de Liguria, de Pisa, de Venecia, del Mediodía peninsular e insular. Y más atrasados aún en lo que concierne a la técnica y los instrumentos de navegación, donde, por lo demás, nuestras lagunas no nos permiten aclarar algunos interrogantes acerca de la misma empresa de Cristóbal Colón. Y es aquí donde se nota en mayor medida la escasez de informaciones de primera mano, no tanto acerca de las experiencias bizantinas, cuanto de las árabes, y —para ciertos sectores matemáticos y astronómicos— de las hebraicas.

Es igualmente necesario y urgente adquirir una mayor precisión de los sistemas de pesas y medidas que se entrecruzan en las diversas orillas de nuestro mar. Han aparecido y van apareciendo ediciones de preciosos manuales de comercio, de los siglos XIV y XV, y de no menos valiosos libros particulares de contabilidad mercantil, donde no faltan referencias básicas ya sea de las modernas, ya de los sistemas de pesas y medidas. Pero, a pesar de la imperfección de todos ellos (hasta en el tratado de Balducci Pegolotti, en el de Saminiato de Ricci, en el Chiarini, en el de Uzzano o, de otra manera, en el de Piccamiglio), siempre queda la necesidad de la comprobación documental, debido a la diversidad de tiempos y lugares diferentes. Ello era inevitable en un periodo de varios siglos y de una extensión espacial que va desde Tartaria hasta el Atlántico, desde África hasta Inglaterra.

Conocimientos y lagunas hasta aquí apuntados se reflejan en distinto nivel en el actual florecimiento de estudios sobre la expansión colonial italiana, o, mejor aún, sobre los establecimientos, en especial venecianos y genoveses en los países de Levante, incluso en el Mar Negro, y sobre los establecimientos, en especial genoveses, en la Península Ibérica. Por un lado, Génova y todos los que se ocupan de Venecia, por otra parte, Cállor y Génova, persiguen este filón prometedores, pero también con el impacto, no raro, de problemas inesperados, a veces de no fácil comprensión y solución. Se trata de las relaciones jurídicas entre los inmigrados y los indígenas, de la mezcla de términos que de las lenguas indígenas se filtran en nuestros documentos latinos

y vulgares, y no sólo en el derecho y la terminología náutica o comercial, sino también en la terminología de las mercancías y de los instrumentos de la vida doméstica. Se trata del conocimiento de hechos históricos locales específicos, de los cuales no se tiene a veces ninguna noticia satisfactoria; de la precisión de topónimos desaparecidos del uso y muchas veces ignorados, incluso por los profundos conocedores de los países de los que nos ocupamos; de la exacta precisión de las estructuras burocráticas de países de tradición diferente a la nuestra, como, por ejemplo, las de los aparatos aduaneros del siglo XIII en Túnez o las de los mecanismos funcionales y de representación de los *miliares*, de las *centenas* y *decenas* tártaras. Y se trata también de la compenetración con la mentalidad, con las tradiciones, con los usos de pueblos que obran según esquemas mentales no uniformes (bastaría pensar en la adopción del *argomoniaticon* en la colonia genovesa de Quío, o en los Tártaros que venden como esclavos a sus propios allegados estrechos) allí donde el axioma de volver a vivir internamente el pasado, asimilando mentalmente sus componentes específicas resulta más válido que nunca.

El panorama político no es menos importante que el económico, o, mejor dicho, económico-social, y se funda en una más amplia tradición de estudios italianos. Los centros de investigación del Sur dirigen su trabajo hacia el expansionismo en primer lugar amalfitano y, en segundo lugar y en mayor medida, al normando, suave y angevino. Cáller, Nápoles, y Sicilia dirigen sus estudios a ilustrar la historia ibérica y del África del Norte, tanto en los acontecimientos interiores, como en la dinámica mediterránea, sobre todo en la época aragonesa y en la de la presencia hispánica en Italia. Génova investiga la formación de la comunidad euro-mediterránea genovesa, dirigiéndose específicamente también a Portugal y a las islas atlánticas. Los historiadores de Venecia fijan su atención tanto en las relaciones diplomáticas con Bizancio como en la construcción del imperio territorial de la República en el Adriático, en el área oriental del Mediterráneo y en el Egeo hasta llegar al Mar de Mármara y al Mar Negro. Los investigadores de Pisa y Florencia investigan sobre las relaciones diplomáticas entre el mundo árabe y levantino, además del cuadro de los contactos y de los conflictos interitalianos, por así decirlo, con los de Aragón

por la posesión de las grandes islas. Los resultados que surgen ahora con notable claridad son los de una estrecha interdependencia política, y, por lo tanto, también económica y viceversa entre los países ribereños de la ancha cuenca marítima, con profundas repercusiones en el interior del continente, como, por ejemplo, en Zagora o en la Magna Hungría, en Polonia, en la península balcánica o en la Europa oriental; o, incluso en Flandes y en Inglaterra sobre el Atlántico.

En medida menor, pero no menos notable por sus temas, se va ilustrando el cuadro de la historia eclesiástica y, más ampliamente, religiosa. No se trata tan sólo de las cruzadas antiislámicas o de las relaciones entre la Iglesia latina y la Iglesia griega o entre la Iglesia latina y la copta, o de las afirmaciones de soberanía de la Iglesia romana sobre las grandes islas del Tirreno o sobre las *Terrae incognitae* del Africa ecuatorial y meridional, sino que también se trata de la teoría eclesiástica sobre la libertad de los mares: de las disputas sobre la usura y los *deveta* marítimos, de las funciones de los obispos *in partibus* y de los legados transmarinos, de la actividad para el establecimiento del clero latino en área griega, como en Quío, en las islas del Egeo del principado de Gatilusio, en Trebisonda, o en el área, originalmente tártara, de Caffa, además de las tentativas de propagación misionera hacia los países del Levante y del extremo Oriente.

Aquí el discurso enlaza con el campo específico de la historia de las exploraciones, que en los países del Mediterráneo (o incluso mejor aún, del mundo mediterráneo, cada vez más compacto en el transcurso de los siglos XIII, XIV y XV) hallaron su centro de expansión y, en cierta medida, también de explosión. Las iniciativas de la Iglesia romana, especialmente a partir de las del papa Inocencio IV, no por casualidad genovés, y más adelante las mercantiles junto a las políticas de Venecia y Génova, encauzan la diáspora hacia el Este y hacia el Oeste, alientan y defienden, por un lado, e instruyen técnicamente, por otro; las experiencias portuguesas y españolas hasta el descubrimiento del camino africano hacia las Indias orientales y del camino atlántico hacia las Indias occidentales. Es un sector que ha observado un notable florecimiento de estudios en Roma, en Palermo, en Florencia, en Génova y entre los historiadores de Vene-

cia, las investigaciones se dirigen hacia los temas políticos y religioso-políticos e incluso, hacia los factores económicos, técnicos y culturales, aunque aquí reaparece en varios casos nuestra falta de ulteriores indagaciones, por ejemplo, en lo que se refiere al conocimiento de los antecedentes y de los medios técnicos no tanto de los vikingos cuanto de los árabes; piénsese en su navegación desde el Océano Índico hasta más allá del Cabo de Buena Esperanza.

A nuestro modo de ver, donde hay un importante trabajo a realizar es en el sector cultural, tomando el adjetivo en su doble sentido. En efecto, si los intercambios literarios, filosóficos, jurídicos, técnico-científicos entre los países de las orillas opuestas (latinos, latino-germanos, bizantinos, islámicos y la diáspora hebraica) tienen en Italia culturas muy valiosas, el problema de la circulación de las ideas en la real dimensión de sus componentes singulares, de sus desarrollos y de sus rechazos, presenta aún grandes lagunas. Pero aún con mayor lentitud procedemos en la investigación de las estructuras de base de los modelos de vida. Se ha investigado sobre la difusión de los arabismos toponímicos y onomásticos en Sicilia, en Pulla, en Toscana, en Lunigiana, en Liguria, en Veneto, en Cerdeña. Se está investigando, sobre todo por medio de la excavación, la circulación de los medios instrumentales de la vida cotidiana, como los objetos de cerámica, para mencionar un ejemplo importantísimo. Pero aún se sabe demasiado poco acerca de las intercontaminaciones de las arquitecturas espontáneas, de las artes menores, de los instrumentos de guerra, de tierra y de mar, de los métodos de alimentación, de las técnicas agrarias, de la metrología temporal, de las investigaciones alquimísticas, astronómicas y astrológicas.

Además de nuestras comunes fuentes tradicionales, la historia mediterránea necesita aquí, hoy más que nunca y acaso más que en otra parte, la utilización —y los especialistas para ello— de un conjunto de fuentes y estudios: los materiales de excavación y de la arqueología submarina, las monedas, los sellos, los ejemplares de pesas y medidas, las figuraciones simbólicas, las representaciones pintóricas, la epigrafía no sólo latina y griega, sino también semítica, etc. Necesita una profunda competencia en los campos de las estructuras técnicas, desde las de las construcciones navales

y las maneras de navegar hasta las del cultivo de la tierra y las peculiaridades locales de la flora y la fauna, desde al arte de la pesca, y la terminología marítima, hasta las tipologías de los establecimientos rurales. Necesita, desde luego, el conocimiento directo de los centros y de los monumentos que aún existen (por ejemplo los castillos venecianos de Creta y los genoveses de Crimea); las investigaciones en los museos locales de cada país (he hallado, sin ir más lejos tejidos genoveses en el museo de tejidos de Tarrasa en España), la experiencia personal allí donde la Edad Media sobrevive en la vida cotidiana, como —según me ha dicho quien ha estado— en el interior de Marruecos.

Es un trabajo que necesita una continua y estrecha colaboración internacional, en virtud de la cual se espera que algunos sectores, hoy poco presentes, como el turco y el árabe de los países de origen, puedan aportar una contribución que es indispensable. Ahora bien, considero difícil, por ejemplo, hablar con propiedad del Islam a través de la cultura cristiana, como sería igualmente difícil hablar de Bizancio a través de la cultura islámica. De cualquier modo, la historia mediterránea como historia de conflictos ideológicos y religiosos, de contrastes políticos y colisiones de ejércitos, de áreas culturales en oposición, de imperios antitéticos y de cismas, me parece que se halla en una fase decisiva de superación. Es necesario poner de relieve, no lo que nos divide, sino lo que nos ha unido desde las opuestas orillas del mar, con la convicción de que el hecho político o militar es contingente, mientras que, a lo largo del tiempo, es en el mismo crisol de las oposiciones dialécticas donde se asienta gradualmente el tejido del futuro.

Ya se habla de cultura y civilización panmediterránea. Personalmente preferiría hablar de civilización medieval euromediterránea, en cuanto, viviendo en Génova, en la *vertiente entre el mundo continental europeo, de un lado, y el marítimo, de otro*, no advierto una separación, y aún menos una oposición, sino más bien una confluencia de motivos, de intereses, de equilibrios, que proporciona una sensación de ósmosis constante. Si, por un lado, la historia italiana late con el ritmo de la del continente, por otro, toma aliento de la del mar; y, no por casualidad, en la misma Italia coexisten y se armonizan las dos direcciones de los estudios

específicos sobre la Edad Media euro-continental y sobre el *medioevo euromediterráneo*, aunque el segundo aún está buscando su exacta fisonomía, y ambos una unidad propia.

Los historiadores italianos del Mediterráneo están fuertemente empeñados en esta indagación de revisión, aunque todavía en forma dispersa, en varios centros de estudios. Salvo una sola excepción no he querido citar a ninguno de ellos de manera específica y reconozco mi culpabilidad por no pocas omisiones. En lo que se refiere al primer punto lo he hecho voluntariamente, en cuanto al segundo punto, he actuado involuntariamente, y sólo me puede excusar la amplitud de un tema que necesitaría mucho más que estas pocas palabras esquemáticamente compendiadas.